

## MARGARITA

Aquel día me preparé a conciencia para su visita; mi mejor vestido, ropa interior nueva, me pinté los labios rojo carmesí y esperé. Más pasó de largo dejándome allí dormida. Hasta que desperté, en una sala de luces blancas con una voz cálida que decía: "Está despierta". Pensé si sería la sala de espera, hacia el cielo o el infierno, pero mi vestido había desaparecido y mi cuerpo pesaba demasiado. Debía de ser un hospital.

Cuando me recuperé de la intoxicación llegaron los desfiles de psiquiatras. Todos preguntaban lo mismo ¿por qué quería morir? Sin embargo la pregunta que no hacían era ¿por qué ya no quería vivir?

Decidí anotar en un cuaderno mis pensamientos y explicar por qué mi vida había acabado. Eran pocas las cosas que ya podía hacer, puesto que me encontraba bajo guarda y custodia día y noche. A falta de ningún pariente cercano, tuve que contratar a una asistenta que velara por mí. Ya no podía una ni elegir morir tranquila. Además de aguantarme a mi misma tenía que compartir mi casa con una extraña, eso, o internar en el psiquiátrico. Yo no estaba loca.

Me coloqué, en una mesa que tenía en la sala de estar, al lado de la ventana. Desde allí veía el parque y los molinos que cada vez más se iban instalando en el paisaje. Comencé a escribir, primero en la tapa en grandes letras "ESCRIBE AQUÍ TODOS LOS DÍAS". Maura, mi asistente, dejó en un lado la medicación que debía tomar y volvió a su sillón con sus bordados. Continué con mi tarea. Tal vez sería más sencillo si hiciese un patrón o unos bocetos de quién soy y cómo he llegado hasta aquí, de pasar de ser un gran diseño a unos simples trazos.

¿Y si un día también olvido escribir? Tal vez tendré que dictar palabras vacías o simplemente fingir que aún sigo viva.

“Me llamo Margarita Sanjuán, tengo 75 años. Ahora que estoy pensando en mi vida sólo veo trabajo. Talleres de costura, horas y horas bajo la luz de un flexo en casa para perfeccionar puntadas, cursos de corte y confección... Hasta llegar a ser una de las mejores diseñadoras del panorama de la moda. Reinas, actrices, personajes ilustres de todos los ámbitos habían lucido mis diseños. Los veo en las portadas de revistas, en el museo del traje, en las vitrinas que decoran mi hogar, los veo en los premios recibidos. Esa soy hoy. Mis manos arrugadas y con artrosis aún saben de aguja y tijeras. Tal vez mañana no sea así.”

Dejo el cuaderno y me tomo las pastillas con auténtica desgana. El día resulta vacío e irritante, la tele sólo dice tonterías y el viento sopla tan fuerte que no invita a un paseo. Sigo pensando que estaría mejor si ya estuviera muerta.

Al día siguiente me despierto diferente, veo que la tía Trini está en la cocina, no sé por qué insiste en que se llama Maura. Estoy esperando a mi madre que va a traerme un bastidor nuevo, en el que aprenderé a bordar. Haré hermosos vestidos y llamaré a Maripi para probárselos. Lo pasamos muy bien juntas siempre. Lo anoto todo en mi cuaderno y añado un dibujo de lo que me gustaría bordar.

Y es al leer mi cuaderno cuando ya no quiero vivir. Cuando no recuerdo quién soy, cuando amezco viviendo en el pasado, sin recordar mi vida. Ya no tiene sentido seguir aquí, si no eres nadie y si no tienes vida, estás muerta.

Maura tiene bajo llave todos mis medicamentos y cualquier cosa con la que pueda herirme. Lo único que no puede contralar es mi mente, y yo, pienso con tristeza, tampoco. Siento que voy perdiendo facultades a la vez que recuerdos.

Estoy escribiendo cuando mamá se va y llega la madre de Maripi. Va a quedarse hoy conmigo, papá debe de estar trabajando, no está en casa, se levanta muy temprano. La madre de Maripi me lleva a la cama, no me encuentro bien, la oigo decir señora Margarita...

Me despierto y no estoy en casa, es una cama extraña. Alguien coge mi mano.

-Señora Margarita está en el hospital, llegamos a tiempo ¿entiende lo que le digo?-  
asiento con un leve movimiento de cabeza.

-Ha sufrido un ataque al corazón, está muy débil, debe descansar.

Y entonces comprendo que mi corazón está conmigo, no quiere sufrir sin vida y no quiere vivir sin mí. Noto que los latidos se apagan, que suenan despacito mientras se va borrando mi nombre porque este sí, es el punto final.